



COMISIÓN DE COMUNICACIÓN



Boletín mensual

Año 12 N° 3

Marzo 2015

SEMANA SANTA

EDITORIAL

Presentamos nuestro Boletín "Contacto" del mes de Marzo, dedicado a la Semana Santa, en particular al Jueves Santo, Viernes Santo y a la Pascua de Resurrección. Los 03 Aportes que aquí presentamos han sido elaborados por Agentes Pastorales de nuestra Diócesis de Lurín. Iniciamos con la reflexión de Jueves Santo a cargo de la Hna. Miriam Paredes, Secretaria del EDAP Diocesano, donde nos invita a remontarnos a las raíces de la Pascua: El Calendario de los Nómadas. Estos Pueblos en sus celebraciones y su cultura recuperaban memoria y retornaban a sus antiguos fundamentos.

En un 2do momento, encontramos el aporte del P. Alberto Osorio, Dr. en Sociología, quien evoca la figura de Mons. Romero —a ser beatificado el próximo 23 de Mayo— y nos invita a leer el Viernes Santo también desde los tantos escenarios de Muerte prematura e injusta de nuestro Pueblo. Finalmente tenemos al P. José Luis Calvo, Administrador Parroquial de la Cuasi Parroquia "Santa María Reina" en VMT, quien reflexiona sobre la Resurrección de Jesús desde su propia experiencia pastoral. Un testimonio de cómo vivir la Pascua en los Arenales y Cerros de Lima Sur.

(P. Marco Agüero V.)



JUEVES SANTO

"LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO"

Queridos Hermanos, me detengo a contemplar y rezar el misterio de este magnífico día dentro de la liturgia de la Semana Santa: Jueves Santo. Es una invitación a profundizar concretamente en el misterio de la Pasión de Cristo, ya que quien desee seguirle tiene que sentarse a su Mesa y, con máximo recogimiento, ser espectador de todo lo que aconteció 'en la noche en que iban a entregarlo'.

Por otro lado, el mismo Señor Jesús nos da un testimonio perfecto de servicio al mundo y a la Iglesia cuando decide lavarle los pies a sus Discípulos. El Evangelio de San Juan nos presenta a Jesús que 'sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía' siente tal amor que se arrodilla y les lava los pies, como gesto inquietante de una acogida incansable. San Pablo completa el retablo recordando a todas las Comunidades Cristianas lo que él mismo recibió: que aquella memorable noche la entrega de Cristo llegó a hacerse Sacramento permanente en un pan y en un vino que se convierten en alimento su Cuerpo y Sangre para todos los que quieren recordarle y esperar su venida al Final de los Tiempos.

Pero para contemplar y comprender el Misterio de la Última Cena, es necesario ir a la raíz de este Memorial, y deseo hacerlo dejándome ayudar de la misma meditación que nos regaló nuestro emérito Papa Benedicto XVI: "La Pascua judía era y sigue siendo una fiesta familiar, no se celebraba en el Templo sino en la Casa. En el calendario de los nómadas de los cuales heredó Israel la fiesta familiar. Ya en el éxodo, en el relato de la noche oscura en que tiene lugar el paso del ángel del Señor, aparece la Casa como lugar de salvación, como refugio. Por otra parte la noche de Egipto es imagen de las fuerzas de la muerte, de la destrucción y del caos, que surgen siempre de las profundidades del mundo y del hombre..."

En el calendario de los nómadas, la Pascua era el primer día del año, el día en que Israel había de ser nuevamente defendido contra la amenaza de la nada. También en tiempos de Jesús se celebraba la Pascua en las Casas, en las familias, luego de la inmolación de los Corderos en el Templo. Estaba prohibido abandonar la Ciudad de Jerusalén en la noche de Pascua. Toda la Ciudad se consideraba lugar de salvación contra la noche del caos y sus muros eran como diques que defendían la Nueva Creación.

A lo largo de un año, un Pueblo podría disgregarse, no sólo exteriormente, sino también desde dentro, y de perder así sus bases interiores que lo sustentan y rigen. Tiene necesidad de volver a sus antiguos fundamentos. La Pascua representaba este retorno anual de Israel, a aquello que lo había fundado y que continuaba edificándolo en todo momento, a su ininterrumpida defensa y a la Nueva Creación de sus orígenes.

También Jesús celebró la Pascua conformándose al espíritu de esta prescripción: en Casa, con su familia, con los Apóstoles, que se habían convertido en su nueva familia. Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrinos, llamadas chaburah, que por aquella noche constituían la Casa

con su familia, con los Apóstoles, que se habían convertido en su nueva familia. Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrinos, llamadas chaburah, que por aquella noche constituían la Casa y la familia de la Pascua. Y es así como la Pascua ha venido a ser también una Fiesta de los cristianos. Nosotros somos la chaburah de Jesús, su familia, la que Él fundó con sus Compañeros de peregrinación, con los Amigos que con Él recorren el camino del Evangelio.

Como Compañeros suyos de peregrinación, nosotros somos su Casa, y de esta suerte la Iglesia es la nueva familia y la nueva Ciudad que es para nosotros lo que fue Jerusalén, Casa viviente que aleja las fuerzas del mal y lugar de paz que protege a la Creación y a nosotros mismos. La Iglesia es la Nueva Ciudad en cuanto familia de Jesús; es la Jerusalén viviente, cuya fe es barrera y muralla contra las fuerzas amenazantes del caos, que se confabulan para destruir el mundo. Sus murallas se hacen fuertes en virtud del signo de la sangre de Cristo, es decir, en virtud del amor que llega hasta el fin y que no conoce límites. Este amor es la potencia que lucha contra el caos; es la fuerza creadora que funda continuamente al mundo, los pueblos y las familias, y de este modo nos ofrece el shalom, lugar de la paz, en el que podemos vivir el uno con el otro, el uno para el otro, el uno proyectado hacia el otro.

Pienso que, sobre todo en nuestro tiempo, existen sobradas razones para reflexionar de nuevo sobre estas analogías y referencias y dejar que ellas nos hablen, precisamente en el seno de una sociedad desarrollada que parece saber y poder todo, donde los orígenes primordiales se oponen a lo que esa sociedad define como progreso.

Sabemos por experiencia que la técnica y el dinero no pueden por sí solos alejar la capacidad destructiva del caos. Únicamente pueden hacerlo las Murallas auténticas que el Señor nos ha construido y la nueva Familia que nos ha sido dada. Y yo pienso que, por este motivo, la fiesta pascual, que nosotros hemos recibido de los nómadas a través de Israel y de Cristo, tiene también una importancia política en el más profundo de los sentidos.

Esta fiesta debería volver a ser hoy una fiesta de la familia, que es el auténtico dique puesto para defensa de la nación y de la humanidad. Quiera Dios que alcancemos a comprender de nuevo esta admonición, de suerte que renovemos la celebración de la familia como Casa Viviente, donde la Humanidad crece y se vence al caos y la nada. Pero debemos añadir que la familia, este lugar de la Humanidad, este abrigo de la criatura, únicamente puede subsistir cuando ella misma se halla puesta bajo el signo del Cordero, cuando es protegida por la fuerza de la fe y congregada por el amor de Jesucristo. La familia aislada no puede sobrevivir; se disuelve sin remedio si no se inserta en la gran familia, que le da estabilidad y firmeza. Por esta razón, ésta ha de ser la noche en la que rehacemos el camino que conduce a la nueva Ciudad, a la nueva familia, a la Iglesia; la noche en que de nuevo nos adherimos a ella con el más firme de los vínculos, como a la patria del corazón. ¡En esta noche deberíamos aprender de esta familia de Jesucristo a conocer mejor a la familia humana!

Israel heredó esta fiesta del culto y de la cultura de los nómadas. Ellos celebraban la fiesta de la primavera el día en que iniciaban una nueva migración con sus rebaños. Lo primero que se hacía era trazar con sangre de cordero un círculo en torno

a las tiendas; con este gesto trataban de defenderse seguramente de las fuerzas de la muerte, a las que se enfrentaban en no pocas ocasiones en el desierto. La ceremonia se llevaba a cabo con las vestimentas del peregrino en el momento de la partida, con la comida de los nómadas, el cordero, las hierbas amargas, que sustituían a la sal, y con el pan sin levadura. Israel ha heredado de sus tiempos de nomadismo estos elementos fundamentales en la celebración tradicional y la Pascua le ha recordado siempre el tiempo en que era un pueblo sin hogar, un pueblo en camino y sin patria. Esta fiesta podía leerse también como que, aun cuando teniendo casa, seguimos siendo nómadas; que nunca nos hallamos definitivamente en Casa, estamos siempre con el pie en el estribo; que vamos de camino y nada nos pertenece, que lo que poseemos es de todos y nosotros mismos somos el uno para el otro.

La Iglesia primitiva tradujo la palabra Pascha como «paso», y expresó de este modo el camino de Jesucristo a través de la muerte hasta la nueva vida de la Resurrección. Por este motivo, la Pascua ha sido siempre, y sigue siendo hoy para nosotros, fiesta de la peregrinación; también a nosotros nos dice: somos únicamente huéspedes en la tierra; todos somos huéspedes de Dios.

Por eso nos exhorta a sentirnos hermanos pues nosotros mismos no somos otra cosa que huéspedes. Somos sólo huéspedes en la tierra; el Señor, que se hizo él mismo huésped y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. Él está presente en todos ellos.

En la ley de Israel para el tiempo de establecerse definitivamente en la tierra prometida, se insiste en prescribir que los peregrinos sean tratados igual que todos; y al hacerlo, se acude siempre a las palabras: «¡Recuerda que tú mismo fuiste nómada y peregrino!» Somos nómadas y peregrinos. Este es el punto de vista desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser el uno para el otro.

Por esta razón, esta noche del tránsito, que nos recuerda el último y definitivo trayecto del Señor, ha de ser para nosotros exhortación constante a recordar nuestro último viaje y a no echar en olvido que un día debemos abandonar todo cuanto poseemos, y que, al final de la vida, lo que de veras cuenta no es lo que tenemos, sino únicamente lo que somos; que, a lo último, deberemos responder sobre cómo -fundados en la fe- hemos sido personas buenas en este mundo, personas que se han dado recíprocamente la paz, la patria, la familia y la nueva ciudad.

La Pascua se celebraba en Casa. Así lo hizo también Jesús. Pero después de la comida, él se levantó y salió fuera, rebasó los límites establecidos por la ley, porque pasó al otro lado del torrente Cedrón, que señalaba los confines de Jerusalén. No tuvo miedo del caos, no quiso esquivarlo, se adentró en él hasta lo más profundo, hasta las fauces mismas de la muerte.

Jesús salió, y esto significa que la Iglesia no es plaza fortificada, sino Ciudad abierta; y, en consecuencia, creer significa salir también con Jesucristo, no temer el caos, porque Jesús es el más fuerte, porque él penetró en ese caos, y nosotros, al afrontarlo, le seguimos a «él». Creer significa salir fuera de los muros y, en medio de este mundo caótico crear espacios de fe y de amor, fundados en la fuerza de Jesucristo.

¡El Señor salió fuera: éste es el signo de su fuerza! Bajó a la noche de Getsemaní, a la noche de la cruz, a la noche del sepulcro. Y pudo bajar porque, frente al poder de

la muerte, Él es más fuerte; porque su amor a Dios es más poderoso que las fuerzas de la destrucción. Su victoria, por tanto, se hace real justamente en este salir, en el camino de la Pasión, de suerte que, en el misterio de Getsemaní, se halla ya presente el misterio del gozo pascual.

Al finalizar la Liturgia del Jueves Santo, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al Santísimo desde el Tabernáculo a una Capilla lateral, que representa la soledad de Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de Jesús. En esta Capilla rezan los fieles; quieren acompañar a Jesús en la hora de su soledad.

Este camino del Jueves Santo no ha de quedar en mero gesto y signo litúrgico. Ha de comprometernos a vivir desde dentro su soledad, a buscarle siempre y a permanecer a su lado allí donde los hombres se niegan a reconocerle. Este camino litúrgico nos exhorta a buscar la soledad de la oración. Y nos invita también a buscarle entre aquellos que están solos, de quienes nadie se preocupa...

Es su camino el que ha hecho posible que en este mundo se levante al nuevo día, a la vida de la Resurrección. ¡En la fe cristiana alcanzamos esta promesa!

(Hna. Miriam Paredes)



EL VIERNES SANTO DESDE LA DIÓCESIS DE LURÍN

Queremos vivir esta Cuaresma con el Papa Francisco, como un tiempo de verdadera renovación y gracia. Para eso, ¿cómo pensar el Viernes Santo, desde la capital del Perú? En la Diócesis que somos en Lima Sur hay que hacerlo desde la perspectiva del Evangelio y su capacidad de invertir la situación del “Viernes Santo” en la dura pero esperanzada vida de niñas y niños, jóvenes y adultos mayores de todo el país, y del triple mundo del mar, el valle y los arenales, en los que nos encontramos asentados los 10 Distritos de nuestra Diócesis de Lurín.

Por eso debemos hacerlo, obviamente, en el marco del 24 de marzo en que con toda la Iglesia de América Latina vamos a recordar a Oscar Romero, el Arzobispo que para responder al injusto e inhumano “Viernes Santo” impuesto a la vida de los más pobres de su país, decidió conducir su Diócesis, de una manera inversa a como desde siempre había ocurrido en la historia de la Iglesia, desde que se fundaron diócesis en nuestro continente. Este Pastor Latinoamericano, que se atrevió a hacer suyo el prolongado “Viernes Santo” de su sufrido Pueblo, por ese motivo se convirtió hasta las últimas consecuencias, no solo en presa del odio de amenazas y de su misma muerte, sino además en objeto de otro “Viernes Santo” más escandaloso aún: El “Viernes Santo” de la indiferencia de autoridades y distanciamiento de muchos hermanos que le negaron su aprobación y aliento, porque se atrevió a estrenar precisamente otra manera, verdaderamente evangélica, audaz y profética de conducir la Diócesis a su cargo.

Desde otro ángulo, en cada Viernes Santo, podemos encontrar la razón y fundamento de todo lo que tendríamos que hacer en una Diócesis, a favor de la formación integral de los Laicos y de los Jóvenes Estudiantes, de los Catequistas e incluso de los chicos y chicas que se animan a ser Curas o Monjas, en una Iglesia Particular. ¿Por qué? Porque, como nos relatan los Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, a partir de que Pedro reconoció a Jesús como el Mesías, algo ocurrió que le dio un giro a la amistad entre Jesús y sus Acompañantes. Desde ese momento, el Maestro decidió dedicarse por completo a la formación de sus Discípulos, sin ocultarles que su vida corría peligro. Y tras anunciarles una y otra vez acerca de su próxima muerte, se dedicó a prepararlos invitándolos a seguirle (Mc 8,31-38). Marcos insiste sobre todo en la incompreensión de los Discípulos y su miedo (9,32; 10,32). En este anuncio, Jesús se siente un profeta perseguido más, en la capital de Palestina (cf. Mt 5,12): «No es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc. 13,33). En la parábola de los viñadores asesinos, el envío del hijo tiene lugar después del fracaso de la misión de los siervos-profetas (Mc 12,1-9). La petición de los hijos de Zebedeo (Mc y Mt) trae una oportunidad excelente para el propósito de formarlos en el uso de la autoridad: en la última subida hacia Jerusalén, los dos hermanos piden el privilegio de ponerse a la derecha y la izquierda del Maestro en su Reino. Deseo que indica la confusión en que andaban los apóstoles, creyendo que el Reino era una cuestión de alardear y lucir honor y gloria, lo mismo que la muchedumbre el Domingo de Ramos: «Bendito el reino que viene, el reino de David, nuestro padre» (Mc 11,9). Aquí encontramos sin embargo, al maestro Jesús, quien aprovechando esa confusión, les ayuda a darse cuenta del sentido evangélico inverso del poder, haciéndoles descubrir la fuerza del Evangelio, como fuente más bien de sagacidad y lucidez para servir, de creatividad y autonomía, para organizar el dejar de dominar y de depender.

Cuando en Todas las sangres, José María Arguedas describe el sufrimiento -¡el Viernes Santo!- de los Indígenas, causado por la crueldad de los muy religiosos Patrones, dejó en labios del Sacristán una respuesta inesperada e inquietante: "Dios de los Señores no es igual. Hace sufrir sin consuelo". Hoy, en el Perú, marcados por la idolatría del mercado y por la globalización de la indiferencia de sus grandes Inversionistas, José María podría decirnos con Jesús que, el Dios de los Inversionistas de siempre, tampoco es igual. Y que más bien, el Dios de Jesús, y su capacidad de darle vuelco rotundo a la situación de los Indefensos y Desposeídos de esta Sociedad, es el **Dios de las inversiones**. Porque, efectivamente, de quien emana el poder del Evangelio y su fuerza liberadora es del único y verdadero Dios de las inversiones al que los dolientes y abandonados a su suerte, glorifican radiantes: "Tú cambiaste mi luto en danzas, me quitaste el sayal y me vestiste de fiesta» (Sal 30,12). Porque el Dios de las Inversiones, "convierte los desiertos en cisternas, y la tierra reseca en manantial. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.» (Sal 107,35; cf. I Sm 2,7-8 y Lc. 1,52). Por eso, Jesús, la piedra que fue descalificada por los Arquitectos, es el que va a vencer a la muerte desde la Cruz; porque, hay primeros que serán últimos y últimos que serán primeros. De ahí que responda a la petición de los Hijos de Zebedeo con una doble pregunta: «¿Pueden beber la copa amarga que yo voy a beber o ser bautizados con el bautismo con que voy a ser bautizado?» (Mc 10,38). La copa es aquí el símbolo de la dolorosa prueba que va a ahogar al Maestro, como el hundimiento en las aguas de la muerte. Sin embargo, los discípulos ingenuos responden: «Podemos», porque no entienden. Y una vez más, es ocasión para que el Maestro les hable con más confianza de los planes del Padre.

Ahora que el Papa Francisco, ha convocado a una **reforma estructural de la Iglesia**, que hay que hacerla volviendo a las raíces del Evangelio, intentemos creer que, cada Viernes Santo, puede ser una valiosa fuente de inspiración para impulsar la **renovación de nuestra Diócesis**, incentivando, tanto en sus Pastores, como en sus Fieles, el sentido de pertenencia a nuestra adolescente Diócesis de Lurín. Para imaginar y organizar mejor la preparación y formación integral de los Discípulos Misioneros de toda Iglesia Particular, ayer y hoy expuestos a los encantos y amenazas -y a cierta falsa repugnancia- del poder; porque, ante las murmuraciones de los otros Apóstoles, Jesús les habló muy claro acerca de lo que para Él significa el ejercicio de la autoridad: no es dominación, alarde, o presunción, sino bajar, emerger con simplicidad y apertura, generando condiciones y estructuras para el diálogo y la reflexión, para disfrutar el proceso, al servicio del Evangelio y la misión, la fraternidad y la integración.

En el contexto de su decidido Viernes Santo, Jesús hace una aplicación todavía vigente incluyendo a los pastores y fieles de la Diócesis de Lurín, tanto para sus discípulos como para sí mismo: «El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor. La razón última de esta inversión radical de los valores es la propia misión del Hijo del hombre: «Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mc 10,45).

(P.Alberto Osorio)

CREER, CELEBRAR Y VIVIR LA RESURRECCIÓN EN LOS ARENALES Y CERROS DE LIMA SUR

La palabra “resurrección” significa literalmente volver a levantarse, alzarse, resurgir; pero a diferencia de Lázaro, que vuelve a la vida para volver a morir, Jesús resucita para no volver a morir nunca jamás. ¡La resurrección de Jesús no fue un regreso sino un paso hacia adelante!

Los Apóstoles tienen que utilizar metáforas para hablarnos de la Pascua de Jesús porque fue más allá en sentido cualitativo: comenzó a vivir de otra manera. Por eso creer en la resurrección es afirmar que Alguien de nuestra historia está lleno de vida para siempre y nos puede llenar a nosotros. ¡Creer en la resurrección es apasionarse por la vida! Creer en la resurrección en Lima Sur es valorar los procesos de Iniciación Cristiana de tal manera que nuestras Parroquias sean Escuelas de Discípulos Misioneros que han hecho una experiencia del Amor de Dios, de la Alegría del Evangelio que ha llenado su corazón y su vida entera y tienen que dar testimonio de ello. Creer en la resurrección es encontrar sentido a muchas realidades que sin fe en la resurrección nos parecerían absurdas, injustas, sin sentido y que vemos a diario en los arenales y cerros de Lima Sur.

Celebrar la resurrección es celebrar que, tras la noche angustiada de Getsemaní y la tarde del Calvario, amaneció el día claro de la Pascua, alboreo la luz nueva de la Resurrección. Cristo se alza por encima de la muerte, triunfante y poderoso. Ante el júbilo de la Pascua florida, el corazón ha de rebosar de gratitud hacia el Todopoderoso que hace posible la victoria del bien sobre el mal, de la vida sobre la muerte. Un agradecimiento hondo porque esa victoria nos ha alcanzado de lleno. ¡Cristo Resucitado es la primicia gloriosa de nuestro propio triunfo sobre el mal y la muerte!

Nos dice el Papa Francisco :“la Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la Liturgia la cual es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de renovado impulso donativo” (Evangelii Gaudium N° 24). Es sobre todo en las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa y más en concreto en los signos y símbolos de la rica liturgia de la Vigilia Pascual donde esta belleza de la Liturgia se convierte en fuente de evangelización y por eso no debemos obviar ninguno de los ritos y símbolos tan ricos de la Liturgia de la Pascua.

A raíz de la frase del Papa Francisco de que los Sacerdotes deben “oler a oveja” algunos lo han contrapuesto a “oler a incienso” cuando no son incompatibles. El incienso crea una atmosfera agradable y festiva un aire misterioso y sagrado. El rito de la incensación expresa reverencia y actitud de oración, de elevación de la mente hacia Dios. El incienso es símbolo de la actitud de ofrenda y sacrificio de los creyentes hacia Dios. La Liturgia con todos sus ricos signos y símbolos nos tiene que llevar delante del Señor para que nos toque, nos lave, nos ilumine.

La belleza de la Liturgia orienta el corazón pero no distrae ni lo atrapa en lo meramente estético. La belleza de la Liturgia reside en su capacidad de hacer palpar el

corazón de Dios en el corazón del hombre. Por eso no se debe privar al Pueblo de Dios de estos ritos y símbolos sin olvidar que ese “olor a incienso” ha de mezclarse con el “olor a oveja” incluida la Capilla más humilde y alejada donde hay que subir andando por escaleras o por tierra. Así el “olor a incienso” se mezcla, especialmente desde la Pascua de la Resurrección, con otros olores (el polvo, la humedad de la arena, entre otros...).

Vivir la Resurrección es el compromiso de todos los Discípulos Misioneros que hemos celebrado la Pascua. “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que les anunciamos, la palabra de vida” (1Jn 1,1). Las primeras Discípulas Misioneras de la Resurrección fueron las Mujeres porque tuvieron el coraje de acompañar a Jesús hasta la Cruz y de ir de madrugada al sepulcro. “Se alejaron rápidamente del sepulcro llenas de miedo y alegría y corrieron a dar la noticia a los Discípulos” (Mt 28, 8).

En la Octava de Pascua y todo el tiempo pascual los Discípulos Misioneros que han vivido en su Comunidad la experiencia de sentirse salvados y resucitados por Cristo, tienen que salir como nos dice el Papa Francisco a las periferias físicas y existenciales de la Parroquia. Los Asentamientos Humanos más alejados del centro parroquial, los que están en los cerros más altos y lejanos, tienen el derecho de experimentar también la alegría del Evangelio que hemos vivido los que nos hemos encontrado con Cristo Muerto y Resucitado. La esperanza que llena nuestro corazón no se puede contener, hay que transmitirla. Nuestros cerros y arenales de Lima Sur tienen el derecho a recibir esta noticia de parte de sus Pastores y de todos los Discípulos Misioneros.

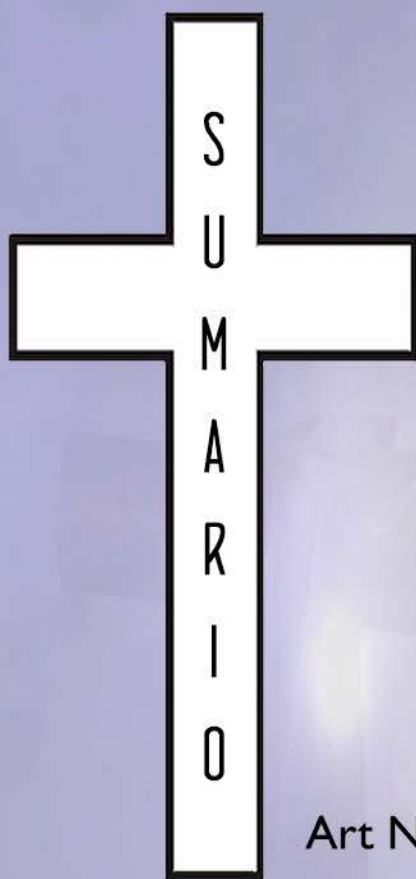
Por eso nuestras Parroquias, nuestras Capillas, nuestras Comunidades Cristianas, la Iglesia de Lurín-Lima Sur “somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atrevernos a llegar a todas las periferias que necesitan de la luz del evangelio” (Evangelii Gaudium N° 20). “Si sale puede accidentarse, herirse, mancharse pero eso es preferible a una iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (Evangelii Gaudium N° 49).

En las múltiples periferias que hay en nuestra Diócesis de Lurín - Lima Sur, pensemos en nuestros arenales y cerros. Ahí nos vamos a llenar de olores distintos al del incienso, pienso en el olor de las viviendas que en un solo ambiente tienen dormitorio y cocina; en el olor de la suciedad; en el olor del polvo de la tierra en verano; en el de la humedad de invierno; todos ellos finalmente olores de la pobreza.

También es muy probable que tengamos que mancharnos los zapatos de tierra o de barro y podemos accidentarnos en las escaleras y en la arena pero eso va intrínseco a la misión de los Discípulos Misioneros que desde el Evangelio han hecho su opción preferencial por los pobres -no de forma sociológica, ideológica o política- sino tocando la carne de Cristo en los pequeños, los más débiles, los que sufren...

En su Mensaje de Cuaresma 2015 el Papa Francisco nos pide ser “islas de misericordia en este mar de la indiferencia”. Hemos de luchar por hacer realidad en nuestros cerros y arenales la promesa del Señor “esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habitará la justicia” (2 Pe 3, 13).

(P. José Luis Calvo)



Art N° 1 .- JUEVES SANTO

Art N° 2 .- VIERNES SANTO DESDE
LURÍN

Art N° 3 .- LA RESURRECCIÓN EN LIMA SUR

Pastoral de Comunicaciones- Diócesis de Lurín
Director: P. Marco Agúero Vidal Edición: Keyla Arroyo
Redactores: Miriam Paredes, P. Alberto Osorio, P. José Luis Calvo
Calle El Carmen Cdra. 2 S/N - Villa MARÍA del Triunfo, Lima- Perú
E-mail: avansurlurin@yahoo.es Web: <http://diocesisdelurin.org/>